



**GEORGE
PROCHNIK**
EL EXILIO **IMPOSIBLE**
STEFAN ZWEIG
EN EL FIN
DEL MUNDO

Ariel

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Introducción

Capítulo 1. De Odiseo a Edipo

Capítulo 2. Los ladrones y el puente

Capítulo 3. La gente del libro

Capítulo 4. Útero viajero

Capítulo 5. La reunión

Capítulo 6. ¡Al café!

Capítulo 7. Ruleta global

Capítulo 8. Deudas educativas

Capítulo 9. El otro lado

Capítulo 10. Jardines en tiempos de guerra

Capítulo 11. El exilio arcádico

Capítulo 12. Refugio

Epílogo

Agradecimientos

Notas finales

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte



Zweig en autobús en Nueva York, 1941 (Fotografía de Kurt Severin, cortesía de David H. Lowenherz)

En memoria de Edith Peterselka y Jonas Prochnik

Siempre el mismo defecto en la humanidad, ¡una completa falta de
imaginación!

Diario de STEFAN ZWEIG, otoño de 1939

Introducción

A última hora de una mañana de noviembre de 1941, Stefan Zweig, una de las principales celebridades literarias del mundo, un humanista adinerado que se consideraba amigo de personalidades como Sigmund Freud, Albert Einstein, Thomas Mann, Herman Hesse o Arturo Toscanini, un cosmopolita vienés, a punto de cumplir los sesenta años, que escribía con tinta violeta y no solía viajar sin su frac, se despertó en una cama estrecha de hierro junto a la cama de hierro de su mujer, Lotte, sacó la dentadura del vaso donde la guardaba y se puso los pantalones y la camisa arrugados. Rebaños de animales hacían resonar sus cascos en las piedras del camino. Los pájaros cantaban desde los árboles, y los insectos le recorrían la piel.

Encendiendo el primer cigarrillo del día, salió de su húmeda casa, bajó las empinadas escaleras casi cubiertas por las hortensias y cruzó la calle hasta el Café Elegante. Allí, en compañía de muleros de piel oscura, disfrutó de un delicioso café por medio penique, y practicó el portugués con el simpático propietario. Era difícil; se le mezclaba todo el rato con el español. Luego volvió a subir los escalones y se sentó a trabajar unas cuantas horas en la veranda cubierta que hacía las funciones de salón, mirando de vez en cuando por encima de los abanicos esmeralda de las palmas el espléndido paisaje de las montañas Serro do Mar.



Rua Gonçalves Dias 34, en Petrópolis, tal y como era cuando los Zweig vivían allí (Arquivo Casa Stefan Zweig, cortesía de Alberto Dines)

Lotte, que tenía veintisiete años menos que él y había sido su secretaria, trabajaba muy cerca, corrigiendo un borrador del manuscrito de un relato corto que él estaba escribiendo sobre ajedrez... el juego real. Dentro, la criada se peleaba con la cocina de leña humeante.

Después de un almuerzo bastante primario (pollo, arroz y judías eran los ingredientes básicos), Stefan y Lotte se enzarzaron en una competición copiada de un libro de jugadas maestras de ajedrez. Finalizada la partida, dieron un largo paseo lejos de las calles principales de Petrópolis, la ciudad que se encuentra en las colinas por encima de Río donde habían ido a descansar, por un antiguo camino que conducía a un pintoresco enclave selvático, con flores silvestres

y arroyuelos. Y luego volvieron a la casa a seguir trabajando. Correspondencia. Notas de un volumen polvoriento de Montaigne que había encontrado en la bodega. («Entonces, mientras hoy el mundo se desgarrá, convertido en un campo de batalla, la guerra elevada hasta la apoteosis de la bestialidad», escribió, «en tales tiempos, los problemas de la vida para el hombre se resumen en uno solo: ¿cómo puedo seguir siendo libre?») Luego se fue a dormir. Y así sucesivamente. Día tras día. Semana tras semana.

Pero aquel día, la pura y simple inverosimilitud de su situación pudo con él. En una carta a la familia de Lotte estalló, lleno de asombro: «No habría creído nunca que al cumplir los sesenta años me encontraría aposentado en un pueblecito brasileño, atendido por una chica negra descalza y a kilómetros y kilómetros de distancia de todo lo que antes fue mi vida: libros, conciertos, amigos, conversación...». Todas las propiedades que había dejado en Austria, su participación en el negocio textil familiar, en Checoslovaquia, los restos de sus pertenencias, que había conseguido llevarse a Inglaterra, donde se estableció después de ir al exilio en 1934, lo consideraba perdido. El espectacular conjunto de manuscritos y partituras musicales que había ido reuniendo a lo largo de toda una vida de coleccionismo apasionado estaba ahora repartido por todo el mundo. A su cuñada en Londres le repetía: «Mi deseo urgente es que uséis toda la ropa, la ropa interior, la ropa de cama, los abrigos, todo lo que tenemos allí... Con ello me haréis un favor, y me sentiré mucho mejor sabiéndolo. Entonces no echaré tanto de menos todo eso que nunca volveré a ver».

Sin embargo, ahí estaba lo extraordinario: a pesar de haberse visto separados de todo lo que había supuesto su existencia hasta aquel momento, Stefan aseguraba: «Nos sentimos extraordinariamente felices aquí». El paisaje era exquisito. La gente era encantadora. La vida era barata y

llena de sabor. Lotte y él estaban reuniendo las fuerzas necesarias para enfrentarse a los tiempos oscuros («y necesitaremos mucha fuerza...», escribió). Su felicidad solo se veía empañada por la idea del intolerable sufrimiento que estaba sacudiendo a su antiguo hogar. Las noticias de la vida cotidiana en los territorios ocupados por los nazis eran más deprimentes aún que los informes de la situación militar. Stefan temía que millones de personas murieran de hambre, mientras Brasil seguía regodeándose en su paz y su prosperidad. La sensación de inmunidad del país ante el brote de autodestrucción que se vivía en Europa había desencadenado un nuevo nacionalismo entre los poderosos brasileños, que fantaseaban con el papel influyente que representarían a la hora de dar forma al resultado de la guerra. Pero la amabilidad del pueblo brasileño seguía intacta. «Ojalá pudiera enviarte algo de chocolate, café o azúcar, que aquí es ridículamente barato», decía, «pero todavía no hemos encontrado la oportunidad.»

La imagen de Stefan Zweig aislado en su exuberante mirador de Petrópolis, donde, según decía, Europa con todos sus conflictos estaba tan alejada de los pensamientos de los lugareños como las guerras de China de los europeos, él mismo entre ellos... era tan improbable como inquietante. ¿Cómo es posible que uno de los escritores más agasajados del mundo, un hombre que se enorgullecía de servir de conexión entre las mayores luminarias intelectuales y artísticas de Europa, más incluso que de su propia producción literaria, acabase viviendo lo que describía como una vida monacal en la Rua Gonçalves Dias, número 34? Sin embargo, esa misma distancia, lo que ante su editor llamaba «aislamiento completo» de su refugio brasileño, también le había liberado, según afirmaba, para acabar sus memorias, *El mundo de ayer*, y «revisar completamente» todo el material que había escrito antes. El campo que le

rodeaba en Petrópolis «parece haber sido traducido desde Austria a un lenguaje tropical», explicaba a un compañero de exilio. Mientras Viena se hundía en las sombras, el carácter imaginario de la ciudad como utopía artística brillaba cada vez más para Zweig. En ese sentido se parecía a su antiguo amigo Joseph Roth, de quien observó una vez que «su patriotismo austríaco fue en aumento a medida que Austria encogía y se volvía cada vez más pequeña, y alcanzó su punto álgido cuando su tierra natal dejó de existir».

Mientras pasaban ante su casa burros cargados de plátanos, y su criada cantaba bajito en la cocina, justo en la habitación de al lado, Zweig iba rememorando las escenas más vibrantes de su pasado. Ninguna era más preciosa para él, a causa del testimonio que ofrecía del fervor estético de su entorno nativo, que el momento en que la sociedad vienesa se reunió por última vez en el antiguo Burgtheater en 1888, antes de que aquel grandioso edificio fuese deruido. Apenas acababa de caer el telón tras la última representación, escribía Zweig, cuando todo el público, lleno de pesar, saltó al escenario para arrancar «alguna reliquia de las tablas que habían pisado tantos amados artistas». Durante décadas, después, en las ornamentadas casas burguesas de toda la Ringstrasse se podían ver esas astillas del Burgtheater «conservadas en urnas costosas, como se conservan los fragmentos de la Santa Cruz en las iglesias». Era, según concluye Zweig, nada menos que «un fanatismo por el arte», en el cual participaban todas las clases sociales de Viena. Además, esa obsesión absorbente permitía a los propios artistas alcanzar nuevas cimas de logros creativos, ya que su dinamismo no lo alimentaba la simple apreciación, sino una estimación exagerada. «El arte siempre llega a su punto culminante allí donde se convierte en el interés vital de un pueblo», declaraba. Y cuando levantó la vista de aquella página, sus ojos se llenaron de verde oscuro y de

palmas doradas, y de ondulantes colinas enterradas en verdor, y de unos cielos vacíos y gigantescos. ¿Adónde habían ido a parar todos los que llenaban su vida?, se maravilló. Nadie fue más mundano que Zweig. Pensaba que lo había oído todo. Sin embargo, no había oído nunca nada parecido al silencio de aquel nuevo hogar suyo.

Hay vidas hacia las cuales nos volvemos porque su genio (ya sea creativo o maligno) provoca un ansia de conocer el secreto. Y luego, hay personajes que atraen nuestro interés porque sirven como lentes potentes que reflejan tiempos trascendentales.

Stefan Zweig (ciudadano austríaco acaudalado, judío errante e inquieto, autor increíblemente prolífico, incansable defensor del humanismo paneuropeo, incansable creador de contactos, anfitrión impecable, histérico doméstico, noble pacifista, populista barato, sensualista aprensivo, amante de los perros y no de los gatos, coleccionista de libros, aficionado a los zapatos de cocodrilo, dandi, depresivo, entusiasta del café, simpatizante de los corazones solitarios, mujeriego casual, admirador de hombres, sospechoso de exhibicionismo, fabulador convicto, manso con los poderosos, campeón de los impotentes, abyecto cobarde ante los estragos de la vejez, imperturbable estoico ante los misterios de la tumba), Stefan Zweig cae en la categoría de aquellos que abrazaban los encantos y corrupciones de su entorno.

Hasta el día de hoy, la obra de Zweig se encuentra disponible en abundancia en muchas nuevas ediciones en toda Europa. En Francia, sus novelas cortas se reeditan de forma regular, y casi inevitablemente saltan a los primeros puestos de las listas de más vendidos, una y otra vez. Los libros de Zweig llenan los escaparates de las tiendas y los

expositores de los aeropuertos. Es popular en Italia y en España, y tiene admiradores en Alemania y en Austria.



Stefan Zweig en Salzburgo, verano de 1931. (Österreichisches Theatermuseum)

Pero en el mundo angloparlante, y en Estados Unidos en particular, hasta hace pocos años Stefan Zweig parecía haberse desvanecido por completo. Durante los años en los que yo era joven y estudiaba literatura, no me tropecé con una sola obra de Stefan Zweig. Cuando les preguntaba por él a mis amigos, no encontraba prácticamente a nadie que hubiera oído su nombre. Y cuando me enteré de lo mucho que se le había leído en Norteamérica a principios de los años cuarenta, su desaparición total me dejó perplejo e intrigado. ¿Por qué desapareció de la vista con tanta rapidez Stefan Zweig?

Aunque su historia revela muchos aspectos de la vida cultural de la Europa de preguerra, la información que ofrece su exilio acerca de lo que fue de esa cultura cuando se tradujo al idioma del Nuevo Mundo resulta igualmente provocativa. La vida de Zweig ilumina el eterno problema de la responsabilidad del artista en tiempos de crisis: la deuda que se tiene con los compañeros de sufrimiento en relación con la deuda que se tiene con las musas propias; el papel de la política en el arte, y el lugar del arte en la educación. Su historia también suscita la cuestión de la forma de pertenencia que tiene cada persona, la responsabilidad hacia la familia y hacia las raíces étnicas en relación con los ideales del cosmopolitismo. El número de vidas que Zweig tocó a través de su escritura y el refugio que creó en las terrazas de su hogar en Salzburgo, a cuya sombra boscosa acudieron a sentarse y a hablar muchísimos humanistas europeos, convirtió a Zweig en catalizador y encauzador de corrientes de pensamiento vitales de su época. «Afrontemos el tiempo tal y como se avecina», dice el epígrafe de sus memorias. Esta cita de Shakespeare está abierta a distintas interpretaciones a lo largo de toda la historia de Zweig, mientras él se acomodaba al presente o perdía el paso.

El propio Zweig veía incluso su propia caída desde la gloria a la oscuridad como un síntoma de un fenómeno de mayor calado. «Nunca jamás... sufrió una generación tal hecatombe moral, y desde una altura espiritual semejante, a la que ha vivido la nuestra», afirma en el inicio de *El mundo de ayer*. Sin embargo, el hecho de que su destino fuera compartido no amortiguó el impacto de la caída. Nunca dejó de sorprenderse al verse expulsado de tal manera del Olimpo de la celebridad artística europea a una existencia mísera, nómada, en el curso de un puñado de años. «Me he despojado de todas las raíces, incluida la tierra que las nutre, como posiblemente pocos han hecho a lo largo del

tiempo», proclama en un apóstrofe que parece sufrir, por momentos, de delirios de antigrandeza.

Escribió ese prólogo en el verano de 1941, poco antes de abandonar Estados Unidos para irse a Brasil, mientras vivía en Ossining, Nueva York, donde redactó el primer borrador de su autobiografía. Si su hogar de Petrópolis era salvaje y remoto, su domicilio en aquella ciudad junto al río Hudson, kilómetro y medio colina arriba desde la prisión de Sing Sing, parecía humilde y desamparado. «No hay absolutamente nada que hacer o ver en Ossining», escribió Lotte a su familia de Inglaterra. Sing Sing era lo único famoso que tenían, y según observaba ella, «es algo que uno más bien intenta olvidar». El amigo de Stefan, el presidente del PEN europeo, Jules Romains, cuestionó la elección de Zweig de esa «banlieue sinistre», como lo llamó, para residir, y le preocupó que aquel sitio acabara por oscurecer más todavía su ánimo.

Una tarde de julio, Suse Winternitz, hijastra de Zweig por su primer matrimonio, tomó una serie de fotografías de Stefan en una silla de ratán en el jardín de su casa, en la calle Ramapo Road, número 7. Él iba vestido, como siempre, con cuidado meticuloso: unos pantalones ligeros y suaves, camisa blanca y pajarita con pequeños lunares. Aunque tenía 59 años, el bigote arreglado y recortado y el pelo echado hacia atrás desde la frente amplia seguían siendo oscuros, haciendo juego con sus ojos negros y opacos. Solo las arrugas que surgían del rabillo de cada ojo y se amontonaban formando pliegues intrincados ponían de manifiesto su edad. Estaba inclinado hacia delante, con la pierna derecha cruzada por encima de la izquierda, quizá dirigiéndose a un interlocutor. En una foto de ese mismo día, la tensión que anima su postura sugiere que simplemente está oyendo al-